

Un texto en tres duraciones: Braudel y *El Mediterráneo*

Resumen

El presente artículo analiza el método que utilizó Fernand Braudel al redactar *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Este planteamiento de análisis metodológico permite apreciar las principales aportaciones conceptuales y teóricas del historiador francés. Así pues, este ensayo propone el estudio y la rehabilitación del modelo historiográfico de Braudel para la interpretación de algunas de las realidades sociales e históricas que conforman las problemáticas de estudio de la disciplina histórica.

Palabras claves: Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Historiografía francesa, metodología.

A text in three terms: Braudel and *The Mediterranean*

Abstrac

This article analyzes the method that Braudel used in his text *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*. This methodological analysis proposes to appreciate the principal conceptual and theoretical contributions of the French historian. Therefore, this essay propounds the study and rehabilitation of Braudel historiographical model to interpret some of the social and historical issues of History discipline.

Key words: Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, French historiography, Methodology.

El autor

Fernand Braudel nació en 1902 en Lumeville-en-Ornois, localidad ubicada al norte de Francia. De esta población, tan ajena a las costas mediterráneas, Fernand –hijo de un maestro– pasó a París donde cursó sus estudios básicos y superiores hasta obtener su título en letras, en 1923, en la Universidad de la Sorbonne. El recién titulado profesor anhelaba obtener un puesto como maestro de secundaria en una escuela cercana a su ciudad natal, pero para decepción suya, “la burocracia central” decidió enviarlo a Argelia (Ruiz Martín, 1999: 10).

Entonces se dio el primer contacto de Braudel con el mar Mediterráneo y ahí surgió el germen de su obra magna; este personaje poseía una sensibilidad diferente a la de aquellos investigadores originarios de este medio geográfico, el pasar del norte de Francia a la costa de África le hizo sufrir una impresión violenta que –en sus propias palabras– lo enamoró “apasionadamente al Mediterráneo” y le obligó a explorar sus archivos (Braudel, 1987, Tomo I: 12).

La pasión por los viajes que se despertó en Braudel desde su estadía en Argelia, y que le hizo pasar tres años enseñando en la Universidad de Sao Paolo, representó una coyuntura en su vida que lo desprendió del ámbito geográfico en que había nacido y que le hizo desafiar la rutina de sus ancestros, campesinos de la región de Lorraine (Ruiz Martín, 1999: 11). Ahora bien, si Braudel rompió con su herencia geográfica por haber dejado su región con el afán de ganar experiencias ¿habrán tenido la misma coyuntura los hombres del Mediterráneo que continuamente se veían obligados a entablar viajes prolongados con tal de intercambiar sus productos? La historia del Mar Interior, desde sus inicios más remotos, se haya plagada de intercambios, por lo que la naturaleza misma del hombre mediterráneo es el continuo desplazamiento e interrelación con los demás puntos de la costa mediterránea.

Para ahondar en esta tesis, Braudel recurrió a investigadores que habían propuesto teorías y soluciones acerca de la relación entre el hombre y el espacio. Así, desde finales del siglo XIX, Friedrich Ratzel con su *Antropogeographie* y su *Politische Geographie*, había intentado armar una visión de análisis totalizador que veía al hombre como un ser que basa los cimientos de sus sociedades y arma sus estructuras políticas según las características específicas de su medio ambiente.

En Francia, la obra de este alemán había sido duramente criticada por un maestro de Braudel, Paul Vidal de la Blache, el cual se opuso a que la ecología política determinaba la formación de las sociedades humanas, acuñando el concepto de geografía humana, que en lugar de afirmar que las relaciones entre los hombres son afectadas invariablemente por su geografía, asegura que la geografía es afectada invariablemente por las relaciones que se entablan entre los hombres (Braudel, 1987, Tomo II: 836 y Ewald, 1986: 11).

El autor del *Mediterráneo*, conocedor de las propuestas de Ratzel y de Vidal de la Blache, retomó la importancia que la situación geográfica y ambiental ejerce sobre las formaciones políticas, pero –cuidándose de no caer en un determinismo– tuvo siempre en cuenta que en el desenvolvimiento histórico las relaciones humanas configuran una geografía muy particular. En este sentido Braudel definió a la Geohistoria como “el estudio de las relaciones económicas, culturales y de intercambio que los hombres entablan –trazando rutas, forjando alianzas– en un espacio geográfico a través de una duración muy larga” (Cornette, 2002: 51 y 52).

Braudel y la Escuela de los Annales

Después de haber visto de qué autores Braudel se sirve a la hora de construir su aparato de interpretación histórica a través de la geografía humana, expondremos a continuación las aportaciones teóricas de otros dos investigadores que marcaron profundamente el pensamiento del autor del *Mediterráneo*: Marc Bloch y Lucien Febvre (Bloch, 1988 y Febvre, 1959).

Estos historiadores habían creado en 1929 una nueva escuela historiográfica en torno de la revista *Annales*, publicación que rechazaba en sus páginas la estéril erudición factual del Historicismo en boga que veía al hecho histórico como “el objetivo supremo, tal vez el único, para el historiador” (Fontana, 1985: 111). Febvre y Bloch –maestros de Braudel a su regreso de Argelia– habían dado tres principales postulados que más tarde recogería nuestro autor, exponiéndolos en su *Mediterráneo*.

El primer postulado de Bloch y Febvre asegura que la historia es una ciencia con una teoría y métodos propios, que estudia las diversas

creaciones de los hombres de todos los tiempos, y que no puede reducirse solamente a la “historia política del acontecimiento” (Braudel, 1987, vol. II: 335); la segunda afirmación de los fundadores de esta Nueva Historia insiste que esta ciencia debe estudiar todos los elementos de un espacio y de un tiempo determinados con tal de descubrir la manera en que estas condiciones humanas se armonizan y se relacionan; y por último –el postulado más polémico– hace un llamado a los historiadores contemporáneos a modernizar los métodos concretos de la ciencia histórica a través de una colonización de sus vecinas: las demás ciencias; en palabras de Febvre, “volver a la Historia la reina de las ciencias sociales” (Braudel, 1987, vol. II: 794).

Fernand Braudel, que conoció a los fundadores de la Nueva Historia y que a la muerte de Febvre heredará el cargo de director de los *Annales*, siguió de cerca los trabajos de sus maestros interesándose en la manera en que tanto Bloch como Febvre habían subyugado a la sociología, la geografía (Bloch) y la psicología (Febvre) en dos estudios de mentalidades colectivas¹, para terminar tomando los primeros dos postulados de Bloch y de Febvre al experimentar en su *Mediterráneo* con un método total que abarcara todas las creaciones y conductas humanas a través de un estudio histórico que mezclara la información de variadas disciplinas científicas.

Ahora bien, en cuanto al último de los postulados de Febvre y Bloch que pugnaba por la creación de un Imperio regido por la ciencia histórica, la cual sería la única encargada de dictar los métodos de las demás disciplinas humanas, con el derecho de arrebatarse sus innovaciones a las otras, Braudel se apasiona menos y considera que en el intercambio entre las ciencias sociales no debe haber disciplinas superiores a las demás; pues afirma que:

Desearía que las ciencias sociales dejaran provisionalmente de discutir tanto sobre sus fronteras recíprocas” y que “la sabiduría consistiría en que todos juntos rebajáramos nuestros tradicionales derechos de aduana. La circulación de ideas y de técnicas se vería favorecida, y las ideas y técnicas, al pasar de una a otra de las ciencias del hombre, sin duda se modificarían pero crearían, esbozarían un lenguaje común (Braudel, 1991: 75).

¹ *Los Reyes Taumatargos* (1988) de Bloch y *El Problema de la Incredulidad en el siglo XVI. La Religión de Rabelais* (1959) de Febvre.

He ahí la mayor diferencia entre Braudel y sus maestros Bloch y Febvre, ya que pese a que en el prefacio de la primera edición del *Mediterráneo* sigue hablando de expandir el Imperio de la Historia, no lo hace con el objetivo de introducir a la Historia dentro de las demás ciencias con el afán de imponerles su lenguaje técnico; no, Braudel desea –a través de la Historia Total– compartir conceptos históricos con disciplinas como la sociología, antropología, psicología, lingüística, matemáticas, etcétera, y tomar términos de éstas con el afán de hallar un lenguaje común que permitiera a todos estos científicos entenderse entre ellos.

Entonces *El Mediterráneo* se planea y redacta con el afán de permitir que tanto demógrafos, geógrafos, economistas y antropólogos se sumerjan en sus páginas, buceen en su estructura buscando las perlas conceptuales de la Nueva Historia y tomen de ésta los métodos que consideren más valiosos y útiles en sus respectivas áreas.

Esta nueva postura dentro de la Escuela de los *Annales* no representa una ruptura con los postulados originales de Bloch y Febvre, sino más bien un enriquecimiento y apertura más amplia de esta corriente a los otros campos del saber científico que permita a la Historia ser auxiliar de otras ciencias, así como servirse de éstas a la hora de hacer sus retrospectivas. El mismo Braudel lo expresó en su última entrevista:

En la época de Bloch y de Febvre el gran problema era el asimilar a la historia todas las ciencias humanas que la rodean. Anexarlas a la historia aun a riesgo de transformarlas en ciencias auxiliares. En Febvre y Bloch había un evidente imperialismo, un proyecto de colonización de las ciencias humanas: economía, geografía, etc. Yo no tenía el mismo punto de vista. Para mí el problema no es asimilar la historia a las ciencias humanas. Lo más importante sería crear una especie de interciencia que comprendiera la historia y todas las otras ciencias. El problema de las vinculaciones, las mezclas es lo que me apasiona....

La historia no tiene por qué ser dominante. Es solamente una disciplina de una utilidad extraordinaria que enriquece a las demás. No hay una ciencia humana que no esté obligada a tener perspectivas históricas... (Robitaille, 1986:3 y 4).

El Mediterráneo surgido de la sensibilidad de Braudel, está en deuda con numerosas corrientes que le prestaron sus útiles postulados: Bloch y

Fevbre le despertaron el deseo de crearle a la Historia una nueva metodología y le señalaron que todas las creaciones humanas son fuentes confiables del pasado; Vidal de la Blanche le hizo tomar conciencia del papel determinante que juegan las relaciones humanas en el plano geográfico y, Ratzel le aconsejó no despegar la vista del espacio en el cual se desenvuelve un pueblo.

Fernand Braudel tomará estas ideas y muchas más², y se propondrá construir una historia del Mar Interior que permita la entrada de todas las ramas del saber humano, que rompa las barreras entre las ciencias, aceptando disciplinas como las matemáticas, sociales, biológicas, nutrición y medicina.

Ahora bien ¿cómo iba a lograr unir a todas estas disciplinas Braudel? En su vida profesional lo hizo debatiendo, combatiendo y fundando en 1970 la *Maison des sciences de l'homme* en la cual se trabaja desde entonces interdisciplinariamente; y en su obra lo hizo armando interpretaciones que englobasen a las ciencias humanas dentro de una visión total del devenir histórico y que observasen todos los actos humanos bajo la lupa de tres distintas velocidades: *la larga* en la que se cobijan la geografía, la antropología y las ramas biológicas; *la mediana* en la que marca el ritmo la economía; y la corta en la cual entra la sociología intentando entender lo instantáneo, veloz y agitado de la superficie (Le Petit, 1995: 17).

La obra

Desde que en 1929 presentó el proyecto de tesis doctoral *Felipe II y el Mediterráneo* hasta que en 1947 publicó *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Braudel hizo un gran número de cambios estructurales a su obra que fueron mucho más allá del nuevo título.

En un inicio su proyecto siguió la técnica y metodología tradicional que daba más importancia a los hechos y a los personajes; pero sus viajes y prospecciones en archivos, le demostraron que la realidad de aquel vasto

² De sus maestros Georges Pagès, Albert Demangeon y Henri Hausser; de su colega argelino Emile-Félix Gautier, autor de *Siècles obscurs du Moghreb-Le passé de l'Afrique du Nord*; del belga Henri Pirenne autor de *Les villes du Moyen Age-Mahomet et Charlemagne*; de Marcel Bataillon, Benedetto Croce y Ernest Labrousse.

mundo mediterráneo en la época del poderoso Felipe II era muy diferente a la que clásicamente se creía, ya que los documentos que salían de las Cancillerías y despachos afectaban muy poco la amplia realidad mediterránea y, en más de una ocasión, el mismo monarca del Escorial se vio obligado a ceder ante la avasalladora y aplastante fuerza del conjunto (Ruiz Martín, 1999: 10).

Después de haber descubierto esta debilidad del método de la historia del acontecimiento, hubo otro incidente en su vida que le hizo abandonar definitivamente los postulados que lo seguían uniendo a la historia clásica: la Segunda Guerra Mundial, ya que después de enrolarse en el ejército francés cayó prisionero de los alemanes.

Durante su cautiverio, Braudel reflexionó en torno a la naturaleza de este conflicto internacional y concluyó que este tipo de enfrentamientos no era algo nuevo, ya que sus prospecciones en los acervos de Argelia, Italia y España le habían demostrado que aquellas guerras mediterráneas habían envuelto a pueblos tanto de África, Europa y Asia, protagonistas muy similares a los que en pleno siglo XX luchaban ante sus ojos, y potencias heredadas de los reinos de Francia, España e Inglaterra.

La Segunda Guerra Mundial influyó en la teoría de Braudel al inspirarle su más grande aportación: *las tres duraciones*, pues al caer prisionero y comprobar que este conflicto –que estalló en un momento económicamente crucial– envolvía países descendientes de los antiguos reinos mediterráneos, descubre que tres duraciones se mueven en el tiempo: un *ritmo largo* ha formado desde mucho atrás a las potencias mediterráneas, una *velocidad media* hace que regresen cíclicamente las crisis económicas, y una *corta duración* lo ha hecho a él reo de su presente.

Esta concepción del tiempo dividido en tres duraciones –producto de las reflexiones del prisionero– van a reflejarse en el escrito redactado dentro de aquella cárcel, ya que en cada una de las partes en las cuales Braudel divide su obra contará el mismo relato abordado desde diferente duración –como si el francés se hubiera propuesto tomar fotografías instantáneas del mismo objeto con diferentes velocidades de obturación–.

Pero aún no se ha explicado cuáles son estas tres duraciones que van rápida, moderada y lentamente ¿qué características tienen? ¿en qué se diferencian una de la otra? y ¿cómo funcionan y se relacionan?

El tiempo largo es el que transcurre a la velocidad más lenta y en él las transformaciones duran milenios; en palabras de Braudel, esta velocidad construye una “historia casi inmóvil del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea; historia lenta en fluir, hecha no pocas veces de insistentes reiteraciones y de ciclos incesantemente reiniciados” (Braudel, 1987, Tomo I: 17).

El tiempo medio es el que lleva una velocidad moderada de apenas siglos. Este tiempo sustituye los rasgos de un proceso, objeto o comportamiento, alterando su superficie pero dejando vestigios muy visibles que permiten identificar su naturaleza primigenia. Braudel ejemplifica magistralmente esta duración al hablar de los navíos que eran comprados fuera de Venecia por los comerciantes de esta República:

Era bastante habitual en el siglo XVI que una nave comprada fuera de Venecia se trajese a esta ciudad y se la revisase de proa a popa, encargándose hábiles carpinteros de las reformas y alteraciones aconsejables... pero, pese a todo ello, continuaba siendo el mismo barco de siempre: un barco salido de los arsenales de Dalmacia u Holanda, y su origen identificable a la primera mirada” (Braudel, 1987, Tomo II: 787).

En el tiempo medio de Braudel, al iniciarse un nuevo ciclo económico se modifican las cosas, transformándose y sustituyéndose sus elementos obsoletos sin alterar su función; todo con tal de satisfacer las demandas que le imponen las nuevas empresas capitalistas.

¿Qué es lo que produce este movimiento de velocidad moderada? Según Braudel los ciclos económicos, los cuales se reinician cada determinado tiempo. La ventaja de esta duración media es que nos permite a través del estudio de las coyunturas económicas, armar una historia más próxima al individuo en base a la reconstrucción de las transformaciones de los grupos, que comparten un destino colectivo y se mueven conjuntamente (Braudel, 1987, Tomo I: 471).

La última de las duraciones propuestas por Braudel es la corta, en ella todos los cambios son tan acelerados –se dan en meses, días, segundos– que es muy difícil comprenderlos y más aún registrarlos. A esta alta velocidad pasan cambios de poder, guerras, reyes y presidentes.

Braudel con su muy característica manera de escribir, dice que los acontecimientos que forman esta duración “son el efímero polvo de la Historia: cruzan su escenario, brillan un momento, para inmediatamente, volver a la oscuridad y tal vez al olvido” (Braudel, 1987, Tomo II: 335). Pero no porque se exprese de esta manera, debemos creer que nuestro autor menosprecia la importancia de absolutamente todos los acontecimientos, no, él los interpreta y éstos lo ayudan a explicar sus planteamientos pues “cada uno de ellos por muy breve que sea, aporta un testimonio, ilumina algún oscuro rincón de la escena o, incluso, una vasta panorámica de la historia” (Braudel, 1987, Tomo II: 335).

Después de haber explicado la naturaleza y las características de estas tres duraciones, debemos ejemplificar la manera en que estas tres dimensiones históricas o duraciones temporales funcionan relacionándose entre sí, para ello entraremos de lleno en *El Mediterráneo*, explicando desde un principio cuál es el objetivo que se propone cumplir Braudel y cuál es la pregunta que planea responder a lo largo de su libro.

La historia tradicional, aquella que se hallaba reflejada en los manuales básicos de los tiempos de Braudel y que sigue todavía impresa en nuestros textos básicos, asegura que el Mediterráneo es el

[...] gran mar interior comprendido entre Europa meridional, África del Norte y Asia Occidental. Comunica con el océano Atlántico por el estrecho de Gibraltar y con el mar Rojo por el canal de Suez... este mar fue el centro vital de la Antigüedad... perdió parte de su importancia **a causa** de los grandes descubrimientos de los s. XV y XVI; recuperó su categoría de ruta mundial de la navegación gracias a la construcción del canal de Suez en 1869 (Larrousse, 1983: 1432 y 1433)³.

Braudel, con el bagaje que carga sobre sus espaldas, pronto se vuelve enemigo de esta versión de los hechos, ya que la geografía humana que le ha enseñado Vidal de la Blanche le impide ver al Mar Interior limitado por el Sur de Europa, el Este de Asia y el Norte de África, ya que si el

³ En la edición de 1997 de este diccionario la definición sigue siendo exactamente la misma salvo por el hecho de que dice “perdió parte de su importancia **tras** los descubrimientos de los s. XV y XVI” en lugar de “a causa”. (Larrousse, 1997: 1507). Este cambio no es fortuito, y más adelante en el tercer apartado señalaremos que puede ser consecuencia del legado de nuestro autor. Las negritas son del autor.

Mediterráneo no es únicamente el volumen de sus aguas sino también las relaciones que entablan sus hombres, las fronteras de este océano son mucho más dilatadas que las que aseguran los geógrafos convencionales.

Además, Braudel está en desacuerdo con la tesis que sitúa la decadencia mediterránea en el XVI, ya que sus consultas en los archivos más neurálgicos de Europa, Asia y África le han demostrado que las más fuertes transacciones y las más grandes riquezas del mundo se siguieron concentrando en el Mar Interior hasta bien entrado el siglo XVII. ¿Cómo comprobar entonces esta teoría y cómo esbozar un modelo de Geohistoria que aclare la situación del Mediterráneo del siglo XVI? Muy simple, abordando la época del más poderoso soberano europeo de esta época: Felipe II. Este rey de Castilla, señor de España y de las Américas, heredero de Portugal y de sus colonias africanas y asiáticas, ha apasionado a una inmensa cantidad de historiadores y biógrafos, los cuales en infinidad de estudios han elogiado la victoria de Lepanto y llorado la pérdida de la *Armada Invencible*.

Esta colmena de estudiosos tradicionales tenían forjada en bronce una incuestionable versión: Felipe II era –según ella– el culpable de la sustitución del Mar Interior por las rutas del Atlántico, ya que su gran triunfo sobre el Turco no había generado ningún resultado palpable, y también porque su catastrófica derrota ante los ingleses había acelerado la ya acentuada decadencia del Mediterráneo.

Braudel sabía perfectamente que esta versión se basaba en fuentes e interpretaciones de la escuela clásica, y como ya conocía de antemano los riesgos y desventajas del método constituido únicamente en el estudio de los acontecimientos: la simplificación de la materia y el monopolio de los hechos de la alta política (Braudel, 1987, Tomo II: 336-337), se declaró escéptico a esta explicación tradicional.

Para romper entonces con la tradicional historia que se contenta con citar fechas y batallas, y con tal de acabar con el monopolio de los eventos de la alta política en los estudios históricos, decide dedicar por entero la primera parte de la obra al planteamiento y justificación de su Geohistoria.

Para trazar esta innovadora geografía Braudel se olvida de los mares, meridianos y paralelos que conforman y limitan al Mediterráneo y vuelve su principal delimitador a las relaciones de los hombres que viven en el Mar Interior y que son afectados por los intercambios que se dan en este

océano: es decir, las fronteras del Mar Interior llegarán hasta el último de los individuos que reciba hasta la más mínima influencia mediterránea en su existencia.

Al escoger este estándar de medición, traza un mapa mucho más amplio que el de los geógrafos tradicionales ya que en este mundo mediterráneo entran montañas, cordilleras, estepas, llanuras, desiertos, ríos y regiones costeras ¡del Atlántico!

¿Cómo es posible esto? Muy simple, Braudel considera primero a los hombres que han venido a poblar las ciudades costeras del Mediterráneo, los que habitan desde siempre en ellas y los que viven de ellas.

La mayor parte de los habitantes de las ciudades costeras provienen de las montañas que contienen al mundo mediterráneo como los bordes de un plato hondo; estos hombres se han visto obligados a abandonar sus lugares de origen ya que las montañas pese a ofrecer una vida más natural no poseen la seguridad del trabajo bien organizado de las ciudades de la llanura. Este movimiento de trabajadores del campo, hace que las ciudades se enriquezcan y empiecen a comerciar con los demás puertos del Mar Interior a través de rutas comerciales que no sólo navegan dentro del amplio océano sino que también se aventuran a atravesar canales y ríos que llevan los preciados productos hasta el Báltico y Alemania.

El mundo mediterráneo de Braudel es entonces una red compleja de intercambios en la que los montañeses y los nómadas de los desiertos formarán los límites y el Atlántico Norte y las murallas de Pekín serán las salidas.

Todo aquel hombre que reciba un producto vital para su subsistencia del Mediterráneo, que se beneficie de su comercio y que trabaje, siembre y viva dentro del descomunal encadenamiento forma parte de este mundo; por lo que Braudel concluye que el hecho de que durante los siglos XV y XVI se hayan dado aquellos asombrosos descubrimientos, lejos de marcar el inicio de una época de decadencia iniciarían tiempos de mayor bonanza, en los que la plata del Potosí pagaría en Génova las deudas de Carlos V y Felipe II, y Venecia podría financiar aquellos bellos edificios marmóreos que algún crítico llamó signos de un “florido ocaso barroco” (Fleming, 1989: 193).

¿Ocaso? ¿decadencia en el siglo XVI? –se pregunta Braudel– ¿dónde? Los palacios se construyen más lujosos que antes y en las peores épocas de carestía las grandes ciudades pueden comprar de contado trigo a más del cien por ciento de su precio original, ahora bien, no porque la ruta de la seda y de las especias se encuentre momentáneamente interrumpida se debe creer por ello que languidecen las ciudades mediterráneas, no, éstas se las han arreglado para cambiar hábilmente sus inversiones y en lugar de arriesgar sus fortunas en prolongados viajes a las Indias prefieren volverse agiotistas de los reyes europeos que, con tal de centralizar sus estados y cimentar sus monarquías, realizan préstamos a la hora de iniciar sus guerras.

Con lo anterior, pasamos de la larga duración que a lo largo de milenios se ha entablado, tejido y mantenido en las relaciones entre los puertos, las montañas y los nómadas mediterráneos, a la mediana, ya que la Geohistoria braudeliana ha iniciado un juego de intercambios comerciales sometido al ritmo de coyunturas cíclicas de la economía.

Los primeros capitalistas que habían amasado sus fortunas desde las pequeñas ciudades independientes del Mediterráneo, al ver cómo se cerraba ante ellos la posibilidad de continuar con su vieja manera de existencia al ser tomada Constantinopla por los turcos, cambian sus estrategias habituales y empiezan a destinar el grueso de sus inversiones en empresas guerreras; ya que ante la necesidad continua de combatir que tienen los monarcas europeos, éstos piden prestadas fuertes sumas a cambio de grandes concesiones y privilegios.

Los magnates de las ciudades independientes mediterráneas invierten en la que será la desgracia y el fin de los pequeños dominios donde vieron la luz, ya que al patrocinar las grandes guerras del siglo, fortalecen a los grandes estados que, en un futuro asfixiarán la autonomía de las urbes de las que han salido. Pero, curiosamente, estos prestamistas salen beneficiados ya que al dejar las veleidades y contratiempos del Mar Interior se van adueñando de tierras, bienes y propiedades del continente, transformándose en los futuros hombres de empresa de los grandes estados centralizados.

Ahora bien, si estos cambios económicos caracterizan al siglo XVI y estos reacomodos van preparando la sustitución del Mediterráneo por el

Atlántico a mediados del XVII como afirma Braudel ¿qué hay de los acontecimientos? ¿qué papel juegan los reyes en este desarrollo? y ¿qué impacto producen los grandes conflictos entre las civilizaciones e imperios en el relevo del Mar Interior por las rutas que prefieren el Índico o el Atlántico?

Braudel empieza la parte final de su obra recordándonos dos definiciones que nos ayudarán a entender el último confrontamiento que el Islam y el Cristianismo entablaron en las aguas del Mar Interior: la de civilización, de Maus, y la de imperio, de Pirenne.

Una civilización se compone de un gran número de pueblos y sociedades que comparten un pasado que sus miembros consideran compartido, y que son herederos de rasgos legados de tiempos remotos y tienen sistemas políticos muy similares.

Braudel afirma que las civilizaciones han sido creadas por medio de la larga duración y han sido transformadas por la media para afectar todos los actos que se realizan desde la corta: en el mundo mediterráneo existen dos grandes civilizaciones: la cristiana y la islámica; en la primera los rasgos compartidos son, además de la religión católica, la fuerte herencia latina que les hace hablar español, francés, italiano, rumano, etcétera; y el mismo sistema monárquico que corona a sus reyes.

La civilización islámica comparte el árabe en que está el Corán –su texto sagrado–, las prácticas de su culto, y el sistema gubernativo que favorece la formación de pequeñas autonomías dominadas por los jeques o visires.

Ahora bien, como todas las civilizaciones tienen la necesidad de propagarse y la urgencia de unificarse conciliando las diferencias que hay entre sus diferentes sociedades componentes, la civilización cristiana busca resolver sus conflictos por medio de una política intolerante que expulsa y persigue a los que no comparten el legado latino y la religión católica, mientras que la política de la civilización islámica acepta e inserta dentro de sí a cristianos y judíos, con tal de expandirse a lo largo y ancho del Mediterráneo.

Braudel asegura que históricamente ninguna de estas estrategias logró su cometido ya que tanto España como Roma –atalayas de la civilización cristiana– siempre estuvieron en pugna para volverse el centro de

irradiación de la Cristiandad, como tampoco Turquía jamás logrará imponer su dominio absoluto sobre África del norte.

La segunda definición braudeliana en torno a la cual girará la tercera parte del libro es la de los Imperios: un imperio para Braudel “es toda entidad política poderosa que revistiéndose con la imagen de salvaguarda y principal representante de su civilización justifica sus expansiones territoriales por medio de la fuerza” (Braudel, 1987, Tomo II: 14).

Al igual que las civilizaciones mediterráneas son dos los Imperios que se enfrentarán a causa de sus afanes expansionistas en las aguas del Mar Interior: el Español y el Turco.

En este momento hace su aparición Felipe II, este rey vuelve en sus prácticas a su Monarquía la más católica de Europa con el afán de ganarse el derecho a volverse el representante máximo de la civilización cristiana, y poder dirigir una cruzada que le permita expandirse sobre el Norte de África, arreglando junto con el papa Sixto V y con el Dux, una Santa Alianza con la cual intentaron calmar los conflictos que desde hacía mucho tiempo entablaban los principales miembros de la cristiandad: Roma, España y la República de Venecia.

Conformada esta Alianza, los navíos al mando de Juan de Austria logran la famosa victoria de Lepanto sobre la armada turca. Pero este triunfo sin botín, sin expansión territorial y sin consecuencias políticas convenció tanto a las potencias cristianas como al Imperio turco de que las grandes batallas ya eran demasiado perniciosas dentro del Mar Interior.

Los venecianos que desde hacía siglos comerciaban con los turcos, conviviendo conflictivamente con ellos, descubrieron que les dañaba entablar una costosa guerra en su contra, ya que además de cerrarse ante ellos les obligaba a tirar al mar sin ganancia alguna sus inversiones.

Por su parte Felipe II, el Monarca del Escorial, se daba cuenta que la expansión sobre África sólo le generaría conflictos que, a la larga, desequilibrarían sus dominios y la bien urdida economía de las demás potencias cristianas del Mediterráneo; además, en vista de que el mundo había crecido y se había expandido, las civilizaciones que había visto nacer el Mediterráneo salían de sus márgenes y se instalaban cada vez más y más lejos, la economía expandía los capitales fuera de sus playas, y

el aumento poblacional abismaba a los mediterráneos a emigrar y correr la aventura hacia América o Asia.

Las nuevas rutas importantes que nacían en el Mediterráneo se alargaban hacia América y la India, el negocio a partir de este momento no sería dominar el Mar Interior sino monopolizar las rutas Atlánticas e Índicas; entonces tanto el Sultán como el Castellano deciden entablar una tregua que dejara en paz las aguas mediterráneas, importantes para sostener el más grande intercambio de la época: el europeo, y que les permitiera tanto al Imperio Español como Turco adueñarse del Atlántico y del Índico.

No por este replanteamiento de prerrogativas imperiales y por este cese de hostilidades debe creerse que el Mediterráneo pierde importancia, al contrario, tanto el Gran Turco como el Castellano reconocen que las rutas y relaciones tejidas en el Mar Interior son necesarísimas para el mantenimiento del equilibrio entre las potencias mediterráneas, y que también representan la base económica de sus expansiones hacia la India y América; hasta el punto de volver al Mediterráneo, en la tregua hispanoturca, el lago tranquilo que sin grandes batallas y sobresaltos se volverá el sólido sostén de sus afanes imperialistas.

Entonces, luego de haber mostrado la manera en que las tres duraciones entran en acción a lo largo del devenir histórico, Braudel concluye afirmando ambiciosamente que aquel que desee dominar las rutas de todos los mares exteriores debe primero apoderarse del Mediterráneo; razón por la que no son fortuitos, la construcción del Canal del Suez en 1869 por lo ingleses, y el estallido de un conflicto entre Israel, Francia, Gran Bretaña y Egipto cuando el presidente Nasser nacionalizó este canal, ya que los ingleses que sustituyeron a España en la América colonial y que suplantaron el dominio turco en la India no hacían más que repetir la estrategia que usó Felipe II, autonombrarse atalayas de una civilización con el afán de excusar sus expansiones. La larga, mediana y corta duración permean absolutamente todo en este mundo: Inglaterra sustituyendo a España en el dominio mundial es un relevo de mediana duración.

El legado

A Braudel y a la *Escuela de los Annales* que él dirigió a partir de la muerte de Febvre se le acusan principalmente de tres cosas: primero de que carecen de un sistema fijo de interpretación, es decir, que sus obras son dispersas y nunca encadenan una estructura lógica; la segunda acusación con la que se ataca fuertemente la óptica braudeliana dice que el *Mediterráneo* carece de un verdadero sistema metodológico pues no teoriza explícitamente sobre el intercambio e interacción entre las tres duraciones y, por último, se afirma que el autor de la obra es un determinista que reduce absolutamente todas las creaciones, acciones, movimientos y cambios a la influencia del medio geográfico (Fontana, 1985: 109-127).

Ahora bien, estas tres críticas que normalmente se hacen al trabajo y a la escuela de Braudel, lejos de evidenciar las debilidades de la obra magna del francés, demuestran los frecuentes errores de lectura en los que han caído sus apasionados detractores.

Aquellos que aseguran que tanto Braudel como la *Escuela de los Annales* carecen de una estructura sistemática sobre la cual construir sus trabajos, dirigir sus investigaciones y armar un cuerpo coherente, ignoran uno de los principales postulados que fundaron esta corriente historiográfica.

Los *Annales* iniciaron su vida convencidos de que absolutamente todas las creaciones y manifestaciones humanas, bien criticadas, son fuentes confiables de información del pasado, pues un poema me permite adentrarme en la sexualidad de una época al mismo tiempo que me enseña la geografía, botánica y preocupaciones de una sociedad, así como los censos y demás documentos oficiales.

Ahora bien, si absolutamente toda manifestación humana que ha llegado al presente desde el pasado es una fuente de información, es imposible diseñar un molde en el cual los investigadores vacíen sus estudios con tal de seguir una estructura uniforme.

Ciertamente la *Escuela de los Annales* es eminentemente práctica, pero no porque las investigaciones de sus científicos utilicen métodos que respondan a la personalidad del investigador se debe creer que este

comportamiento representa un caos; no, al contrario, el afán de hallar un método propio para la Historia es el que ha dado esta libertad a los miembros de esta escuela.

Lo asistemático de los trabajos de la revista de los *Annales* no es producto de una anarquía teórica, al contrario, la variedad y gama de interpretaciones arrojadas por esta escuela responde a dos objetivos muy bien planteados desde el principio: construir un nuevo método auténticamente histórico y servirse de las numerosas fuentes no necesariamente escritas que han sido ignoradas por los historiadores clásicos.

Después de haber rebatido esta falta de sistematización y de haber demostrado que en realidad es una libertad de experimentación de los partidarios de la Nueva Historia, nos centraremos en las dos equivocaciones en las que, supuestamente, incide Braudel en su *Mediterráneo*: una falta de coherencia y su determinismo geográfico.

Braudel, al construir su obra, en ningún momento afirma que una duración tiene mayor influencia en la Historia que las otras, no, ya que pese a que asegura que se ha abusado del estudio centrado en la corta duración jamás se declara enemigo del acontecimiento, y mucho menos dice que centrarse únicamente en la larga duración es el mejor método histórico.

Para Braudel las tres duraciones se entrelazan en toda acción, proceso y comportamiento. Ahora bien, Braudel se ha propuesto mostrarnos las tres velocidades de manera independiente, congelando las tres duraciones en la época de Felipe II, para luego mostrarnos cómo funciona cada una en el mismo periodo.

Braudel toma tres negativos a diferentes velocidades y nos los muestra en su obra con el afán de que nosotros los revelemos, descubramos la relación entre estas duraciones y veamos cómo en una misma época funcionan las tres diferentes velocidades del tiempo:

Este libro representa un triple relato del prestigioso Mediterráneo del s. XVI, pero las tres imágenes sucesivas, la de sus constantes, la de sus tardos movimientos y la de su historia tradicional atenta a los acontecimientos y a los hombres, los tres aspectos se refieren, en realidad, a una misma y única existencia. El lector tendrá que combinar las sucesivas imágenes de este

libro y ayudar así al autor a reconstruir la unidad de un complicado destino, que sólo le ha sido posible captar y evocar volviendo a él hasta tres veces (Braudel, 1987, Tomo I: 9).

¿Acaso este afán de participar con el lector y de reconstruir junto con él a lo largo de toda la obra la unidad histórica del *Mediterráneo* puede ser acusado de carente de metodología interna? No, ya que la interpretación braudeliana presenta objetivamente las tres duraciones al lector para luego dejarle construir su propia conclusión; ciertamente, esta es una complicada tarea pero, eso sí, permite al lector sumergirse de lleno en el libro, lo obliga a debatir continuamente con el autor y le permite formular su propia conclusión acerca del funcionamiento de las tres duraciones después de haber recorrido las páginas de Braudel.

Aquel que asegura que la pluma ágil de Braudel oculta una supuesta incoherencia metodológica, no ha leído a profundidad la obra, e ignora que la libertad lógica que propugnó la *Escuela de los Annales* guió a través de cada capítulo la mano del francés.

Otra crítica asegura que Braudel es un determinista al estilo de Ratzel y que reduce todas las formaciones políticas y comportamientos humano al ámbito geográfico; a ello puede argumentarse que Braudel considerara que la geografía, los límites y las fronteras son trazadas por los intercambios humanos.

El autor afirma en su misma obra que el orden capitular en que ha publicado *El Mediterráneo* podría ser alterado sin cambiar su estructura ya que ha escrito sin darle más importancia a una duración que a las otras:

Quando salió a la luz la primera edición de este libro, André Piganiol, me escribió, diciendo que yo habría podido, perfectamente invertir el orden escogido, es decir, comenzar por el acontecimiento, rebasar, a continuación sus aspectos brillantes –con frecuencia falaces–, llegar a las estructuras subyacentes, y, finalmente, a su fundamento sólido, La metáfora del reloj de arena, eternamente reversible, es quizás la imagen más adecuada” (Braudel, 1987, Tomo II: 337).

Ahora, después de responder a las principales críticas hechas a Braudel, debemos exponer cuál es el impacto real de la obra y de los postulados del francés.

En un ensayo que escribió en los años cincuenta, en el que hizo un repaso de la situación de las ciencias sociales y la historia contemporánea en Francia, Braudel suena desalentado, ya que al parecer su obra sólo había sido leída por los historiadores; pues hasta el momento en que escribió el ensayo los demás científicos sociales se habían abstenido de hacerle alguna crítica a su trabajo. Sus alumnos: Le Roy Ladurie, Duby, Chaunu, Ferro, Mandrou, habían preferido abordar temas de menor envergadura que la problemática de su maestro. Ewald, a un año antes de la muerte del autor, escribió que Braudel estaba solo en el panorama de la Historia Global y que era así no por un fracaso de su método sino porque el autor del *Mediterráneo* era alguien “único” (Ewald, 1986: 14).

Afirmo lo anterior por dos razones: primero, la misma libertad de experimentar métodos innovadores que permitió la Nueva Historia, hizo que los alumnos de Braudel siguieran nuevos caminos y, segundo, creo que el legado braudeliiano continúa hasta la actualidad porque la influencia del uso de las tres duraciones puede hallarse en obras posteriores como la *Historia de la Civilización Francesa* (1966) de Mandrou y Duby, que la califican como obra esencial entre *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais* (1959) y *Los reyes taumaturgos* (1988), o en la totalizante *Historia de la vida privada* (1990) coordinada por Ariès y Duby (Braudel y Duby, 1990: 163).

Ciertamente ninguno de los alumnos de Braudel emprendió una investigación global y total de un espacio tan amplio como el Mediterráneo Geohistórico; pero por muy específicos que estos trabajos hubieran sido en ningún momento dejan de tener en cuenta que el devenir temporal posee diferentes ritmos que producen, cambian y mantienen las cosas en un momento coyuntural determinado. Es decir, si hoy en día nos propusiéramos estudiar el desarrollo de la región conocida como el Caribe, no necesariamente debemos escribir dos volúmenes dividido en tres partes, no, eso no es rescatar el legado Braudeliiano sino fotocopiar *El Mediterráneo*; sus alumnos sabían esto, y entendiendo estas duraciones

las aplicaron sin tener que justificar su uso –como hizo Braudel en todas las ediciones de su obra–.

Pero ¿el impacto del Mediterráneo se limita a los historiadores? no, ya que la visión general de la suplantación del Mar Interior por el Atlántico y el Índico se ha ido transformando; en 1983 el *Larrousse ilustrado* decía que esta pérdida de importancia se dio “a causa de los descubrimientos del xv y xvi”, y en la edición de 1997 una corrección tipográfica cambia la frase por “Tras de los descubrimientos del xv y xvi” este cambio ha podido estar motivado por la obra de Braudel (*Larrouse*, 1997: 1507).

Ha tardado bastante, pero Braudel ha hecho cuestionarnos si en verdad se dio la “decadencia” Mediterránea en el siglo xvi, ya que el vocablo *tras*, deja abierta la posibilidad a la tesis braudeliana que asegura que esta crisis no se dio sino hasta mediados del xvii y acaba al mismo tiempo con la versión oficial que responsabiliza de la pérdida de importancia de las rutas mediterráneas a los descubrimientos geográficos.

Para finalizar

Sólo falta agregar, que el legado braudeliano que podemos rescatar del *Mediterráneo* puede darnos un método de interpretación histórico que satisfaga la urgente necesidad de hacer trabajos interdisciplinarios en las universidades, gobiernos e instituciones. Braudel, es innegable, aportó un grueso grano de arena en la construcción del conglomerado de las ciencias, al comprobar que el devenir histórico es como una ópera: las breves notas de la voz humana representan a la corta duración, el *leit motiv* continuo de la melodía de la orquesta es la mediana, y la partitura en la que se compone uniformemente la música es la larga. Separadas, notas, ejecución y partituras son un caos ruidoso, mientras que juntas y bien concertadas son una sinfonía.

Nota del autor: Agradezco al doctor Jorge Castillo Canché y a mi padre sus comentarios y aportes a este ensayo historiográfico.

Bibliografía

- Ariès, Phillipe y Georges Duby (coordinadores) (1990), *Historia de la vida privada*, Madrid: Taurus.
- Braudel, Fernand (1987) [1949], *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica (FCE).
- (1991), *Escritos sobre Historia*, Ciudad de México: FCE.
- (1994), *La Dinámica del Capitalismo*, Ciudad de México: FCE.
- Braudel, Fernand y Georges Duby (compiladores) (1990), *El Mediterráneo. Los hombres y su herencia*, Ciudad de México: FCE.
- Bloch, Marc (1988), *Los reyes taumaturgos*, Ciudad de México: FCE.
- Cornette, Joël (2002), “Fernand Braudel et l'économie-monde”, en *L'Histoire*, núm. 270, France, Éditions Perrin, 51-53.
- Duby, Georges y Robert Mandrou (1966), *Historia de la civilización francesa*, Ciudad de México: FCE.
- Ewald, François (1986), “El Imperio de una historia”, en *Revista Historias* 13, Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 10-15.
- Faires, V.M. (1972), *Termodinámica*, Ciudad de México: Uteha.
- Febvre, Lucien (1959), *Problema de la incredulidad en el siglo XVI: La religiosidad de Rabelais*, Ciudad de México: Uteha.
- Fontana Lázaro, Joseph (1985), “Ascenso y decadencia de la Escuela de los Annales”, en Alfonso Parain Charles y otros *Hacia una nueva Historia*, Barcelona: Akal, 109-127.

Fleming, William (1989), *Arte, Música e Ideas*, Ciudad de México: Mc Graw-Hill.

Goubert, Pierre (1986), “Un déspota sonriente”, en *Revista Historias* 13, Ciudad de México, INAH, 15-19.

Jelínek, Jan (1975), *Enciclopedia Ilustrada del hombre prehistórico*, Ciudad de México: Extemporáneos.

Larrouse (diccionario) (1983), *El Pequeño Larrouse Ilustrado*, Ciudad de México: Larrouse.

(1997), *El Pequeño Larrouse Ilustrado en color*, Ciudad de México: Larrouse.

Le Roy Ladurie, Emmanuel (1986), “Leer el capitalismo”, en *Revista Historias* 13, Ciudad de México, INAH, 21-25.

Le Petit, Bernard (1995), “La larga duración en la actualidad”, en *Segundas jornadas braudelianas*, Ciudad de México: Instituto Mora/Universidad Autónoma Metropolitana (UAM).

Luminet, Jean-Pierre (2003), *El Incendio de Alejandría*, Barcelona: Grupo Zeta.

Morazé, Charles (consejero editorial) (1986), “Fernand Braudel (1902-1985)”, en *Annales. Economie, Société et Civilisations*, núm. 1, París, 3-6.

Ratzel, Friedrich (1882), *Anthropo-Geographie oder Grudzüge der Anderung der Erdkunde auf die Genchichte*, Stuttgart: J. Engelhorn.

(1903), *Politische Geographie oder geographie der Staaten, der Verkehres und des Krieges*, München: R. Oldenburg.

Robitaille, Louis-Bernard (1986), “El Mediterráneo en los tiempos de Braudel”, en *Revista Historias* 13, Ciudad de México, INAH, 3-10.

Ruiz Martín, Felipe (1999), “Prólogo”, en Braudel, Fernand *Carlos v y Felipe II*, Ciudad de México: Alianza Editorial, 7-29.

Vilar, Pierre (1986), “Algunos recuerdos” en *Revista Historias* 13, Ciudad de México: INAH, 19-21.

Emiliano Canto Mayén. Maestro en estudios regionales por el Instituto José María Luis Mora. Profesor de la Escuela de Escritores de Yucatán Leopoldo Peniche Vallado. Colaborador de la sección Cultura del periódico *Por Esto!* Líneas de investigación: historia regional yucateca. Publicaciones recientes: prólogos a “Una historia a Pie: Mérida y sus barrios” (2012) “Andrés Quintana Roo: patriota y literato” (2011), de Jorge Ignacio Rubio Mañé; “Leona Vicario: la mujer fuerte de la Independencia” de Carlos Echánove Trujillo (2010).
Correo electrónico: ecantomayen@gmail.com

Fecha de recepción: 1 de marzo de 2012.

Fecha de aceptación: 25 de mayo de 2012.